



Número de 4 páginas

Pueblo y libertad

A medida que se acercan las elecciones generales de diputados a Cortes se nota más claro de un lado la indiferencia con que el pueblo las ve acercarse y de otro la desorientación y atomización de las fuerzas políticas todas. Y es que las elecciones no van a ser políticas. No ideales políticos, sino intereses económicos, financieros, plutocráticos, van a luchar en ellas. Y por ficción en gran parte, ya que saben que es fuera del Parlamento donde se resuelven los más vitales problemas públicos.

Es una pena que no haya podido constituirse en España un bloque liberal, verdadera y genuinamente liberal, con todo lo que este calificativo, bien entendido, lleva consigo. Porque el liberalismo, a la vez que ataca más que el socialismo y el republicanismo y el constitucionalismo — pues que los incluye en sí, — es más concreto y más preciso. Se da la paradoja lógica de que siendo el concepto de liberalismo de más extensión que aquellos otros, es a la vez de mayor comprensión.

Es una pena que los socialistas españoles no hayan querido comprender que lo urgente hoy en España es, hasta para una futura solución socialista: salvar el liberalismo. ¿Que no son liberales los que así se llaman, ni muchos republicanos?... Sin duda, pero hay también muchos socialistas que no lo son. Y por lo tanto no son propia y genuinamente socialistas.

Por parte de los republicanos hay también mucho muy turbio. Hemos oído a alguno de ellos hablar de la posibilidad de una monarquía republicana, liberal, democrática y hasta... socialista. ¡Triste ilusión al punto en que estamos! Melquiades Álvarez la abrigó en un tiempo, y hasta no hace mucho acaso, pero creemos que estará ya desengañado.

Y a propósito de Melquiades Álvarez y de su indudable republicanismo hemos de decir que nos parece más claro, más noble, más consecuente acudir a Palacio cuando se es allí llamado — y solo cuando se es llamado — que entrevistarse a hurtadillas con el rey, detrás de la puerta trasera, a tratar de política y acaso de negocios. No, esto no, y menos en la actualidad presente, actualidad de agiotajes y conabernios financieros.

«Agréguese a todo esto la actitud del sindicalismo español, de este coco de nuestra política. Porque su supuesto apoliticismo es una política y una política secreta, que es la política mala. Que si los sindicalistas políticos — los del partido sindicalista, que hoy es un partido y no más ni menos — se abstienen de votar y predicán la abstención del sufragio; que si votarán no más que para procurar la inmunidad parlamentaria a sus voceros y caudillos; que si ayudarán a tales o cuales; que si venderán sus votos para desacreditar mejor el sistema... ¡Vaya usted a hacer caso!

Lo indudable es que el sindicalismo español — es el que conocemos algo — no es ni liberal, ni democrático, ni socialista. Y parece mentira que figuren en él antiguos anarquistas. Porque los anarquistas solían ser liberales. Los anarquistas se oponían a toda organización que nivelara a sus miembros e hiciese que dentro de una comunidad los más haraganes y más torpes sometieran a su grado y patrón a los más laboriosos y más hábiles.

Como un sindicato, aunque se llame único, no es la sociedad, sino una parte de ella, un sindicalista no es, por serlo, socialista. Y aun hay más, y es que un sindicato puede ir contra la sociedad. Siendo muy de temer que la lucha de clases sea sustituida por la lucha de profesiones. ¡Pues qué! ¿no vamos acaso el peligro que el sindicato de accionistas de ferrocarriles, o sea las Compañías, se entienda con el sindicato de ferroviarios, y juntos los dos, dueños de líneas y obreros y empleados de ellas, luchen contra el público? ¿No oímos sostener que una fábrica ha de ser de los que trabajen en ella y no de la sociedad ni del Estado? Ni el antiestadismo sindicalista es el mismo antiestadismo anarquista. Ya que el anarquismo repugna, y hasta por definición, toda dictadura.

El anarquismo es el extremo y absoluto desarrollo del liberalismo, así como el socialismo es el extremo y absoluto desarrollo del democratismo, y de la misma manera que concebimos una democracia liberal concebimos una socialización anarquista y abierta a la libre concurrencia individual. Pero el sindicalismo ni es democrático, porque no respeta el derecho de las minorías y sustituye al demo, al pueblo, con la masa, ni es liberal, porque no deja libre juego a la concurrencia de las aptitudes.

Lo que urge es salvar la democracia y el liberalismo, al pueblo y a la libertad. Al pueblo, que es algo tradicionalmente orgánico, orgánicamente tradicional, y a la libertad, que conbruye las libertades. Libertades que en esta confusión corren riesgo de perder.

Contra el pueblo y contra la libertad, contra la democracia y contra el libera-

lismo está hoy lo que hemos dado en llamar el régimen. El régimen concreto, personal y actual podrá llegar a hacerse sindicalista — y de hecho está dentro de un sindicato, está sindicado, — pero no se hará ni democrata, ni liberal, ni socialista. Acaso lleguemos a ver una monarquía sindicalista, pero no democrática, ni liberal, ni socialista. Esto es ya imposible en España.

Miguel de UNAMUNO.

